

AUNQUE DIGA FRESAS

ANDREA FERRARI



1

La historia empieza con una apuesta. A veces pienso que si no hubiera sido por esa apuesta yo aún odiaría esta ciudad tanto como al principio. Fue el día en que ellos se dieron la mano y cerraron el trato cuando las cosas empezaron a volverse para mí. Pero eso no lo supe hasta mucho después.

El objetivo de la apuesta entre Sergio y Claudio era cambiar de vida. Tomar prestada la vida del otro por un tiempo, hasta que uno de los dos no soportara más. Creo que ellos entonces no tenían claro en qué se metían, pero se dejaron tentar por el desafío y después ya no quisieron retroceder.

Si fui testigo de ese momento fue simplemente porque yo había leído completo el libro que los inspiró. Ellos no.

-¿No sigues?

-Estoy pensando.

-Pero no has escrito ni diez líneas.

-Creo que no sirven: tal vez tenga que empezar de nuevo. Es que yo no tendría que estar escribiendo. Deberías hacerlo vos o Claudio. Al fin y al cabo, ustedes fueron los protagonistas de la apuesta.

-Ya lo hemos discutido y sabes que los dos escribimos mal. En cambio tú eres perfecta para esto. Increíblemente detallista. Nadie más es capaz de darle tantas vueltas a las mismas cosas durante horas.

-Vas a decir que hablo mucho.

-No. Es decir sí, hablas mucho, pero no iba a decirlo.

Como esta historia se contará a través de mis ojos, tengo que empezar explicando algunas cosas sobre mí. Tal vez lo primero sería presentarme. Me llamo Ayelén, pero no me gusta mi nombre. Si hubiera podido elegir, me habría llamado Ana. La gente con un nombre así de simple debe de tener una vida más fácil, de eso estoy segura. Yo odio que mis padres hayan querido ser tan tremendamente originales. Sé que otros miembros de la familia habían sugerido Mercedes o Carmen, pero en esa época ellos estaban fascinados con todo ese asunto de la cultura mapuche. Y es fatal llamarse Ayelén cuando una quiere pasar inadvertida.

Puede parecer que estoy tomando un camino demasiado largo, pero es simplemente un pequeño rodeo para llegar al nudo del asunto. Al día de la apuesta.

-No sé si sirve esta historia.

-¿Por qué dices eso? Tiene todo lo que han pedido: es real y sucede en Madrid. Yo creo que podemos ganar. Vamos, deja de dudar y escribe.

Sucedió durante mis primeros días en la ciudad, cuando me parecía tener el mundo entero en contra.

Me hubiera gustado ser invisible para que nadie notase mi existencia, pero sucedía todo lo contrario. Como si no tuviera suficiente con llamarme Ayelén, soy pelirroja, más alta de lo normal y torpe. Horriblemente torpe.

Lo exhibí el primer día en el instituto. No había dado dos pasos en la que iba a ser mi clase cuando tropecé con una mochila que alguien había dejado en el medio del pasillo y me fui al suelo. Por un momento pensé que nadie me había prestado atención, que iba a poder levantarme como si todo estuviese bien, como si no acabara de protagonizar la entrada más humillante del mundo, pero entonces él se acercó.

No estaba mal. Demasiado flaco, quizás. Me pareció que se había tomado mucho trabajo para lucir descuidado: llevaba unos *jeans* caros pero rotos, con una camisa que le colgaba parte adentro y parte afuera del pantalón. Había un aire de burla en su cara cuando me miró. Suficientemente visible para que yo lo percibiera, pero no tan visible como para que pudiera preguntarle de qué diablos se reía.

—¿Te has hecho daño?

—No.

Muchas veces me pregunté después por qué se me acercó ese día. Supongo que también él se sentía horrible: había cambiado de colegio tras la separación de sus padres, y estaba entrando a un lugar donde casi todos se conocían. Habría querido buscar a una persona que tuviera un aspecto lamentable, aún más solo y perdido que él. Y aparecí yo.

Me levanté, concentrada en sacudirme el pantalón para no mirarlo.

—¿Y cómo te llamas?

—Ayelén Allende.

Lo dije rápido, en voz baja, y probablemente fue

confuso. También en mi país me hacían bromas idiotas por el sonido de mi nombre, pero es peor en Madrid, porque pronuncian distinto. Acá cada vez que lo digo es como si pasara un tren: solo oyen el ruido.

Él no entendió. Volví a intentarlo, separando más las palabras, pero frunció el ceño y me miró como si hubiese algo definitivamente malo conmigo, algo sin solución posible. Entonces hizo la pregunta que me irritó.

—¿Y en castellano?

Como si el único castellano fuese el que se habla aquí, y el mío apenas una versión de segunda categoría. Eso pensé que sugería y lo odié. Ahora que ya pasó el tiempo, mi enojo me suena un poco absurdo, sobre todo cuando él cuenta que mis ojos echaron fuego y parecía estar a punto de morderlo. Exagera, supongo. Yo solo me recuerdo repitiendo fríamente que mi nombre era Ayelén y que estaba hablando en castellano.

Él volvió a mostrar esa sonrisa burlona.

—Disculpa, no te había entendido. ¿Y de dónde vienes?

—De Argentina —susurré.

—¿En Argentina todos hablan en voz tan baja?

—No. Tampoco tratamos tan mal a los que recién llegan.

Me di media vuelta y caminé hacia el otro extremo de la sala. Escuché su grito a mi espalda:

—Oye, ¿en Argentina todos se cabrean tan rápido?

Así lo conocí a Sergio. Creo que no fue un buen comienzo.

—Me he ido solo diez minutos y has aprovechado para escribir sobre mí. ¿No tengo derecho a intervenir?

-Es mi versión.
-Además no fue así. No exactamente así, al menos.
-¿Preferís escribir vos?
-No.
-Sigo, entonces.
-Algo más: ¿me odiabas en esa época?
-¿Odiarte?, no. Bueno, sí, aunque solo al principio.

Ahora me puedo reír al recordarlo. Pero ya se sabe cómo es un primer día: todo tiembla. Para mí temblaba el mundo porque había tenido que viajar a Madrid contra mi voluntad y anotarme en ese colegio secundario en el que debía pasar al menos un año. Y ese plazo podía considerarse un éxito, ya que se lo había arrancado a mis padres después de enfermarme de indignación.

Todo empezó en Buenos Aires cuando me anunciaron que nos íbamos a Madrid, donde ellos tendrían mejores oportunidades de trabajo. En esa época solían hablar mucho del futuro. Había que buscar un lugar que nos diera un futuro mejor, decía mi madre cuando pretendía que yo aceptase su modo de pensar. Pero para mí el futuro estaba demasiado lejos. A mí me importaba el presente, y ellos acababan de darle a mi presente un golpe que lo había dejado agonizando.

-Estabas muy enfadada.
-Furiosa.
-¿Adónde te imaginabas que venías?
-No me imaginaba gran cosa. En realidad yo no sabía nada de España. Lo que te enseñan en la es-

cuela: el Quijote, Colón, la Conquista, los reyes. Qué se yo.

—Entonces, ¿por qué tanto enojo?

—Es que ellos ni siquiera quisieron saber mi opinión. Me lo anunciaron y listo. Como si yo fuera una planta que se lleva y se trae.

Tal vez para darme ánimos dijeron que nada era definitivo. Querían que nos instaláramos un tiempo en Madrid, dos o tres años, y luego decidirían si nos quedábamos o volvíamos, en caso de que las cosas en Argentina fueran un poco mejor. Pero había algo más: Bruno, mi hermano, que tiene 20 años y está en la Universidad, no viajaría con nosotros. Iba a vivir, al menos por un tiempo, en la casa de mis abuelos. Me pareció que la oportunidad estaba servida: «Yo también me quedo», les dije.

Mi padre levantó las cejas y abrió los ojos como huevos, en uno de los gestos típicos con los que sobreactúa la sorpresa. «¿A los 15? De ninguna manera». Mamá lo apoyó con tres mil argumentos que ni siquiera recuerdo pero que iban, todos ellos, en la misma dirección: no tenía edad suficiente. En esos días discutí, lloré, tiré patadas al aire, me subió la fiebre y hasta tuve un ataque de acné. Tras semejante despliegue de recursos, solo obtuve una promesa: si al cabo de un año no había logrado adaptarme, podía volver a Buenos Aires y quedarme con Bruno y mis abuelos. Y eso es lo que estaba decidida a hacer.

Así eran las cosas. Yo no veía a Madrid más que como un paso obligado en mi vida, como una medicina inmundada que uno toma tapándose la nariz. No me interesaba tener amigos, aprender a pronunciar la zeta ni gustarle a nadie. Solo me importaba que el

tiempo transcurriera rápido. Hasta hubiera sido capaz de hacer un pacto con el diablo para lograr que las agujas girasen a mayor velocidad si algún diablo se me hubiera acercado entonces.

Lo cierto es que me salía bien eso de sentirme fatal: tan sola y tan lejos de mi casa. Tanto me había metido en el papel, que tardé unos días en enterarme de que no era la única extranjera en la clase. Éramos tres y supongo que estábamos destinados a acercarnos, por eso de que la adversidad te une. Si algo teníamos en común era la sensación de estar afuera de la mayoría de las cosas que pasaban. Los otros dos, sin embargo, llevaban ya uno o dos años en España y al menos yo suponía que tenían que estar en mejor situación. Supe que uno era de Colombia y el otro de Ecuador, pero pasó un tiempo antes de que nos dirigiéramos la palabra. Hubo días enteros en que estuve horas en el instituto sin abrir la boca a menos que algún profesor me hiciera una pregunta, y eso no era frecuente.

Fue Claudio, el colombiano, el primero que me habló. Se sentaba justo atrás de mí y ese día tenía problemas con la tarea de inglés. Antes aún de que nos presentáramos me pidió ayuda con un ejercicio: unas preposiciones, creo, o tal vez unos verbos.

—Tú que sabes inglés...

Así empezó la frase y a mí me extrañó su modo de hablar. Le pregunté si en Colombia todos usaban el tú y se encogió de hombros, como si el asunto no tuviera el más mínimo interés: dependía de las zonas, dijo, y en la suya se hablaba solamente de usted.

—¿De usted? ¿Aunque sean tus amigos o tu novia?

Asintió despreocupado y volvió al asunto del inglés, que le urgía. A mí no. Lo que a mí me había

dejado asombrada –o más, escandalizada– era que hubiera sido capaz de cambiar tan fácilmente.

–Me voy acostumbrando –respondió impaciente–, y no me mires así, que no es un crimen.

Supongo que tenía razón. Pero en ese momento a mí me parecía la peor de las traiciones. Despreciaba a la gente que acababa de aterrizar y ya imitaba la forma de hablar de los españoles, como si murieran por ser aceptados. Yo no pensaba abandonar nada de lo mío: jamás iba a decir *vosotros* ni *vale* ni *guay*, ni ninguna cosa que no se dijera en mi país. Iba a seguir siendo yo, estuviera donde estuviera. Se lo expliqué a Claudio, que sonrió con una mueca cínica.

–¿Y qué ganas con eso? Yo llevo dos años acá y probablemente me quede para siempre, de modo que cuanto antes me adapte, mejor. Al menos ahora me entienden cuando hablo.

–¿Te sentís bien acá?

Volvió a encogerse de hombros. Sé que él piensa que yo le doy demasiadas vueltas a las cosas, pero en ese momento todavía no me lo decía. Aún nos conocíamos poco como para que ignorara mis interrogatorios, como suele hacer ahora. Contestó con desgano que sí, que estaba bien, que le gustaba Madrid. Y con eso intentó dejar cerrada la conversación.

Me llevó un tiempo entender la filosofía de Claudio, esa forma de pasar de todo, como si las cosas resbalasen sobre su piel sin dejar huellas. Después fui dándome cuenta de que aquello no era más que instinto de supervivencia: su vida era una suerte de montaña rusa y se sabe que arriba de la montaña rusa uno se queda sentado y se agarra, de lo contrario corre el riesgo de estrellarse contra el suelo. Claudio pasaba buena parte de su tiempo intentando evitar estrellarse.

Claro que todo eso lo supe mucho después. En aquellos primeros días, creo ahora, yo estaba un poco dormida. Pero no dormida por falta de sueño: era como si mis sentidos estuviesen apagados. Estaba tan preocupada por mí misma que no terminaba de darme cuenta de lo que pasaba a mi alrededor, y eso que pasaban muchísimas cosas. Un día, al fin, empecé a despertarme. A veces pienso que recién entonces llegué a España.

-Creo que es suficiente por hoy.

-Te cansas pronto. ¿Cuándo sigues?

-No sé, mañana quizás. Igual no vas a poder estar siempre acá.

-¿No quieres que te ayude?

-Sí, pero vas a tener que venir muchas veces.

-No hay problema. ¿Cuánto tardarás?

-Quince días, un mes. Tal vez más.

-¿Tanto?